

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

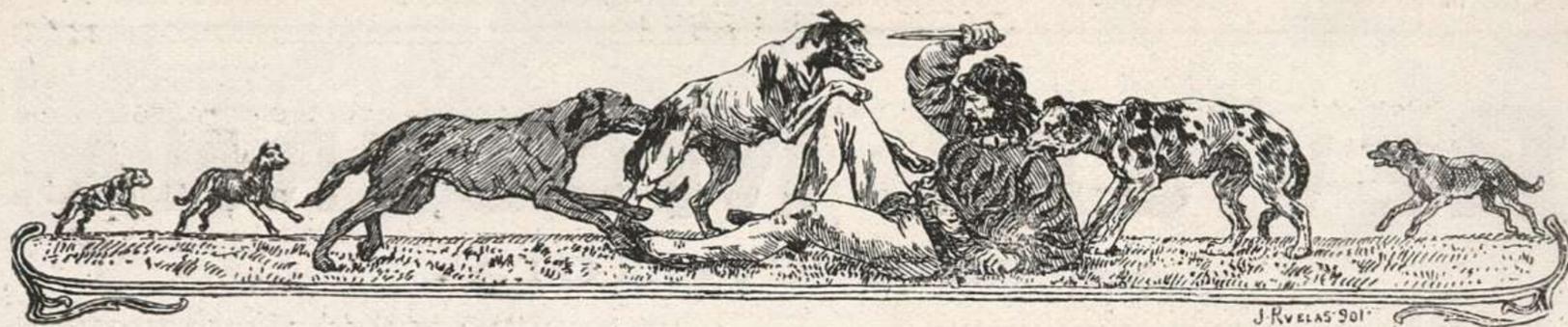
DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



PROFETAS DE MIGUEL ANGEL.—CAPILLA SIXTINA. ROMA.



CUENTO BOHEMIO.

A WALLACE GILLPATRICK.



E mi vida, amigo mío, de mi azarosa y turbulenta vida bohemia, es esta una sentida remembranza que yo guardo al calor de mi corazón que muchos creen muerto. . . . porque se esconde bajo mi pecho como la madrepora bajo el oleaje inútil, para dar silenciosamente su floración coralina, que salida á flor de agua se metamorfoseará súbitamente en madreporita fosilizada. . . .

De mi vida hastiada de placeres, he arrancado este espliego tardío que aromó con su aroma uno de mis más bellos días, ya lejanos. . . .

Eramos: un amador de la música y de las mujeres—hoy muerto!—de altanero perfil aquilino de Robert Herrick y corazón de niño; un artista de ojos leopardescos y pasiones violentas, que debió haber florecido en Florencia y en el ciclo de Benvenuto; un paquidérmico citareda membrudo, de dientes blancos y ojos bovinos, que cuando bebía de un trago su vino, golpeaba al descansar el vaso; un pensativo de brumosas miradas grises, que soñaba sin encarnar jamás su sueño, de cloróticas manos simiescas y lasas como sus cabellos marchitos, . . . y un cancionero obscuro. . . .

Todos éramos buenos muchachos—qué corazón hay maleado á los veinte años?—y bebíamos el vino sano de nuestra adolescencia como una mariposa la miel de su primavera. Libábamos el amor en bocas bermejas que eran copas vivas, y el placer en copas cristalinas que cantaban la canción de Lorelay henchidas de vino del Rhin, la canción de Mignon henchidas de vino de Hungría, la canción de Carmen henchidas de vino de Xerez! Sirenas ardientes, afroditas sexuadas para amar, locuelas mariposillas nocturnas deslumbrábanse con la luz de nuestra juventud combustionada de alegría, y venían á rondar en torno de nuestros ojos brillantes, de nuestras bocas frescas, de nuestras cabelleras copiosas, de nuestras mejillas sonrosadas, de nuestras vidas briosas, pujantes y potentes. . . . Ah! la juventud, la salud y la fuerza, los tres dones soberanos que encarnan la única felicidad en la tierra! . . . Venían jacarandosas y borbollantes de risas sonoras, comían con sus deditos nacarados en nuestro mismo plato á semejanza de los pájaros que picotean los duraznos, bebían en nuestro mismo vaso echando atrás el cuello mórbido como las aves alectridas, nos brindaban fresas rosáceas y ciruelas purpúreas de boca á boca, en un vuelo de besos, y encadenados en sus brazos como los egipanes de cabelleras de algas en los brazos de las nereydas oceánidas, nos dejábamos sumergir en las sirtes del deseo sedientos de gozar y despertábamos al peán de las cornamusas que saludaban al padre Sol, en una perdida isleta basáltica y sobre un lecho florido de líquenes errantes!

Y bien! Una tarde nos hallábamos en torno de una mesa suntuosamente decorada de botellas ebrias, cascós cuyo vientre habíase vaciado en un glu-glu de risa loca! Haces de flores tropicalinas agonizaban en búcaros de Falenza y frutas sápidas de cálidos climas, mameyes y ananas, sandías sacarinas y apiñados racimos bananeros almizelaban el ambiente con su olor carnal. Hablábamos de cosas galantes, de alegres y festivos episodios cuyo recuerdo se abatía como un enjambre de cantáridas sobre nuestras cabezas torbellinadas en la loca fiebre de amar, de expandir nuestra radiosa vivacidad de organismos pleotóricos; y después de los postres azucarados bebíamos á pequeños sorbos el rico café de nuestras vegas. Aquel, por lo visto, había sido un buen día; las monedas cantaban en nuestros bolsillos con música argentina y nos proponíamos pasar la noche estrellada en bulliciosa rondalla flaneadora, al són de las mandolinatas arrulladoras, al través de las callecitas de lilas blancas y bugambilias moradas de Coyocán, donde uno de los amadores servía y cortejaba á cierta primorosa rubia de cabellera de hebras de sol.

Y á pesar de nuestra alegría, nos hallábamos contrariados: faltaba alguien de nosotros, el soñador pensativo de brumosas miradas grises, que hacía varios días no espectraba su taciturna faz dantesca ante nuestros ojos maravillados. Y nuestra locuacidad estallaba en frases grotescas:

—Duerme apaciblemente el sueño de la embriaguez!—decía Herón, el artista de ojos de jaguar.

—Lo encontraste bebido?—preguntó el citareda chasqueando la lengua con tanta fruición como cuando hacía gemir las cuerdas de su cítara plañidera.

—Hecho una uva!... Parece que había naufragado en Oporto!... Al intentar levantarse le faltó tierra, y dijo dando una gran cabeceada hacia adelante:—«Sintomático... eh?... sintomático!»

—Y qué suerte corrió?...

—Fuí el Simón de Cirene de su vía-crucis; yo quería dejarlo piadosamente reposar sobre el mármol de la mesita del café, pero el propietario se opuso con ostensible falta de caridad, y entonces lo remolqué rumbo á su casa; en el camino se despejó lo bastante para ver á la luz del gas una hembra pequeñita, enlutada, que brincaba las lagunas del empedrado como un pájaro-mosca, enseñando un breve choclo y una media calada... y entonces mi hombre reaccionó como por encanto y huyó en pos de la tentadora.....

—Por la entrada triunfal de Baco en Tracia!—interrumpió Oronoz, el aguerrido mujeriego.—Eso es bello!... Oh poder del amor!..... Dejadlo que se embriague de amor y que duerma tan dulce sueño! —Decías bien, Herón, que duerme apaciblemente... Hace ocho días que duerme....

No bien decía esto el nasón cuya tremenda tisis que debía fulminarlo, se resolvía en una perturbación constante de sus núcleos genésicos, cuando Herón, que estaba de frente á la entrada, exclamó:

—Dioses!... Qué miro...!

Y al volver todos el rostro vimos entrar al pensativo de cabellos luengos, con un niño pequeñito en cada brazo; los bambinos traían puesto el dedo dentro de la boca, y nuestro amigo aparecía risueño, pero con una sonrisa grave, y un rubor desconocido empurpuraba sus lóbulos y sus mejillas.

Una aclamación estruendosa vibró en el viento:

—Ave, oh patriarca!...

—Bien por el de Paul!...

—Sinite parvulus!... Nolime tangere!...

—Otro huevecillo de Leda?... Cástor y Pollux?...

—Fundaste orfelinato?...

—Entra, oh múltiparo!... Siéntate y cuenta!

El recibió esta andanada sin inmutarse; todos nos habíamos levantado y le habíamos quitado los pequeños á quienes proveímos de azucarillos y de frutas; Oronoz, que tenía el vino encantador, reía regocijado y hacía frases dispersas:

—Dios es providente y cuando da, da á manos llenas!... Alégrate, feliz mortal, que has encontrado muletas para tu no lejana paraplegia!... Serán los báculos de tu matusalénica vejez!... Essau pillosus erat, vero Jacob erat llanus!—agregó acariciando las dos cabecitas que, ciertamente, eran la una crespa y vellosa, y la otra blonda y suavísima.

La fonda habíase quedado desierta. Nuestra algazara había hecho huir á los bebedores de café y helados; éramos dueños del recinto empalidecido por la agonía de la tarde, y allí, en aquella penumbra propicia, nuestro pensativo amigo dijo así, alzando su vaso henchido de vino rubio:

—... Será el último!... Amigos míos, oid lo que os voy á contar... y no ríais, que es esta mi despedida de vosotros, de la hermosa vida bohemia que hemos vivido!... —Te acuerdas, Herón, del encuentro que tuvimos con aquella muchacha enlutada?... La seguí y la increpé, conferenciamos y me aceptó; antes de llegar á su casa, bebí aún, y cuando llegamos no supe de mí y me dormí profundamente. Al otro día, aún semidormido, oí algo semejante á un parloteo de pájaros, abrí los ojos y me quedé asombrado: yacía á medio vestir en un colchón extendido sobre el suelo; un rayo del sol de oriente venía sesgado al través de unos pobres tiestos floridos, y filtrándose por los cristales de la ventana abierta, doraba con su luz bella un grupo rafaélita: dos niños—estos picaruelos que veis—parloteaban alegremente en un balbuceo del que yo no oía sino la música; me veían y reíanse, acaso querían que despertara y alargaban el cuello para pronunciar un sonido inarticulado, y volvían á reír con el alegre despertar de la infancia; cuando abrí los ojos su risa estalló... veíanme como si ya fuésemos amigos!

Mi asombro creció cuando volví el rostro. Junto á mí dormía Angela, la saltarina de los pequeños lagos pluviales; su corpiño entreabierto dejaba ver un cuello de tez dorada semejante al ámbar rosa, sus brazos eran redondos y hoyuelados, su cabello desceñido era de jalde seda floja; la pobre falda negra yacía como un capullo del que hubiera surgido tan rubia crisálida, y sus chocíos salpicados de barro parecían esperar impacientes la morbidez de los pequeños pies de línea purísima bajo su estirada media rosa y negra que se perdía entre su caracol bordado... Y nada más!... ni un mueble, ni una silla, ni un perchero!... Las paredes desnudas reflejaban el sol con tristeza, y en el centro de la habitación, el cuadro lúgubre y divino de la inocencia y del pecado, fatalmente unidos por un sarcasmo de la suerte!... Dios santo!... ¿Cómo pudo aquella muchacha rodar á semejante vórtice?... Qué depravación era necesaria para que llevara allí á sus amantes de una noche?... Sus hijos—porque se veía que eran frutos de aquella mujer,—apenas menor uno del otro diez meses, habrían asistido inconscientes á la horrenda profanación!... Ah, la miseria, la espantosa y trágica miseria!...

De súbito Angela despertó. Se incorporó azorada, me miró con ojos enloquecidos, inundó su rostro la ola de un intenso rubor purpúreo, y después, palideciendo, dijo con voz sorda:

—Ah, señor, qué he hecho!... para qué vendríamos aquí!... el alcohol, el maldito alcohol de anoche... yo estaba loca... qué vergüenza!... desgraciada de mí!...

Y estalló en sollozos.

Los niños, asustados, habían enmudecido; y en la lobreguez de la estancia desnuda, los sollozos de la pobre muchacha resonaban fúnebremente. Yo estaba abismado, deprimido, tenebroso. La hora apasionante del despertar orgiástico, la crisis tremenda de nerviosidad, me abatía como á una bestia un golpe en el testuz; me sentía miserable, manchado, abyecto, hundido en el fango de mis extravíos!... Mi soledad hastiada de placeres, mi juventud malograda en vagos y febriles deseos de algo que no viene jamás, mi taciturnidad desencantada, mi impulsiva sed de amor atizada por el alcohol, mi esperanza violada y apuñalada en la marchita senda de mi vida... todo pasó en tétrica danza macabra por la vesania de mi cerebro entenebrecido, sepultándose en el antro de mi degradación espontánea!...

—Mamá... pan!... Mamá... pan!

Este lamento de los niños, en quienes despertaba el grito de la vida, el latigazo del hambre en las entrañas, me sacudió hasta la médula de mi ser y me hizo reaccionar.

—¿No cenaste anoche?—pregunté al mayor acariciándolo.

El movió la cabeza negativamente.

—¿Ni tu hermanito?...

El niño decía que no, con la cabeza, y me miraba pesaroso.

Entonces sentí que mi sangre afluía á mi corazón ungiéndolo para la lucha! ¿No había yo deseado inútilmente algo que llenara el vacío de mi vida?... ¿No tenía ante mí una miseria humana que redimir, un infortunio que exultar?... Ah!... Si!—Ahora recordaba!... Ella me había contado su historia, su triste episodio vulgar de seducción y abandono... Uno de tantos truhanes de casaca la había gozado y la había botado en el fango como se bota una breva saboreada!... Me había abierto su alma, á mí, pobre paria, pobre náufrago de la vida, á mí, el primero de quien no oía sensualidades ni lascivias para su boca de granada, para sus ojos de antilope, para su primorosa gracia de danubiana blonda!... Y por eso, por nuestra súbita simpatía, por nuestro doble infortunio, habíamos querido ahogar en vino las penas ideales en mí, y tremendamente reales en ella!

No pude más. Atraje á Angela y la besé castamente, sí, castamente sobre sus cabellos dorados, y dichoso y alegre de haber llenado el vacío de mi vida inútil, la dije con amor:

—Que no sea lo de anoche un sueño!... ¿Quieres?... yo trabajaré para todos, para que nuestros hijos—y mostré á los pequeños—no vuelvan á acostarse con hambre!... Se acabó todo!... Se olvidó todo!... Arriba!... no llores, perezocilla, á luchar, á vivir y á amar!...

...—Ved por qué—concluyó—es este el último vaso que bebo con vosotros!... Ya no soy mío!... Eh! salud!...

Pero ninguno de nosotros respondía, y, bruscamente, al encenderse el gas, vi que mis hermanos, al beber, mezclaban el agua con el vino!

RUBÉN M. CAMPOS.

1901.





DEL LIBRO "LASCAS."

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos—que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos—que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello;
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca. . . .
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino á mi unción, como á la barca.

Y brillantó á mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar; y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;—
y un relámpago enciende mi alma negra.

Cárcel de Veracruz. El 14 de Diciembre de 1893.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.



EN LA CASA DE TOLSTOÏ.

(CONCLUYE.)

La visita que hicimos á los aldeanos de Yasnaïa Polïana había sido muy instructiva, y Tolstoï mismo tomó gran interés en ella. Además de la insistencia de la Condesa en hacerme aceptar la hospitalidad más cordial, yo tenía deseos de alojarme en casa de algún mujick, para observar así, más de cerca, lo que es la vida rusa, cosa que sólo conocía por mis lecturas. Tolstoï se ofreció á acompañarme á buscar alojamiento.

Desde luego nos dirigimos á la casa de un aldeano, propietario de una que se distinguía de las otras porque era de ladrillo en vez de ser de madera. Estaba dividida en dos partes: una para el verano, ocupada por la familia del aldeano, y otra para invierno. Esta parte estaba mucho más limpia; pero, en cambio, allí estaba el horno para hacer el pan, y la atmósfera era intolerable. Fué necesario llevar más adelante nuestras investigaciones.

Al conducirme á la casa de otro aldeano, el conde me advirtió que iba á presentarme un tipo interesante. A una edad bastante avanzada, aquel hombre había tenido la fuerza de voluntad de dominar su gusto por la bebida y había ingresado á la sociedad de temperancia fundada por Tolstoï.

—¿Fumás todavía? ¿No puedes corregirte de ese defecto? Mira cómo tienes la barba cerca de los labios.

—¡Qué quieres, Vuestra Serenidad! es la única satisfacción que me queda.

En la boca de aquel campesino, como en la de muchos otros, ese *Vuestra Serenidad* no tenía nada de obsequioso. Me impresionó la sencillez con que se tutean el conde y los mujicks, y cuán desprovistas de afectación están sus relaciones. Con frecuencia le llaman familiarmente *abuelito*. De hecho, el abuelo les habla como viejo mujick experto y al corriente de todas las necesidades de las gentes del país. En la casa de este mujick encuentro lo que busco. La casa es también de ladrillos y la parte que se reserva para el invierno no está calentada; además, la familia parece vivir con holgura y el alojamiento relativamente confortable. Convenimos en que volvería á las once de la noche y que me esperarían. Después de cambiarnos algunas frases el conde y el mujick, tocantes á la cosecha y á algunos otros trabajos de la aldea, nos dirigimos hacia el extremo opuesto de la única calle. Allí era donde habitaba Pedro, un mujick de rara inteligencia y muy al corriente no sólo de las ideas de Tolstoï, sino de las de muchos otros filósofos extranjeros.

Caminando, encendí un cigarrillo.

—Hay, exclamé, tan pocos placeres en la vida!

—Si yo no prohibo el placer, me dijo el conde; por el contrario, y no encuentro nada tan antinatural como el ascetismo. Solamente aconsejo la abstención de placeres malsanos.

Pedro estaba frente á su casa, ocupado en apaleaer trigo. Con la mirada radiante y los brazos extendidos hacia nosotros, vino á nuestro encuentro é inmediatamente se entabló una conversación muy animada, sobre todo por parte de Tolstoï. Sentado á la turca, sobre una especie de mesa, improvisada por una tabla colocada en un tonel, el conde charló durante más de una hora con Pedro, tratando diversos asuntos y exponiéndole, entre otros, la teoría de la nacionalización del suelo de Henry George, el célebre economista americano.

Seguramente, jamás había escuchado una exposición tan clara y tan sucinta á la vez, de un sistema sociológico tan abstracto como es ese.

—La tierra no es la misma en todas partes, decía Tolstoï. En unas partes es muy fácil cultivarla, es muy fértil en las proximidades de los grandes centros de cultivo. En otras no; mientras más ventajosa sea, más solicitantes tendrá y aumentará de valor. Así, pues, según el sistema de Henry Georges, toda la tierra pasa á ser propiedad del Estado; y eso es lo que llama la nacionalización del suelo. Una

ley establece, que á contar desde determinada fecha, la tierra no pertenece ya á tal ó cual propietario, sino á la nación entera. Se procede entonces á valorizar el terreno; el que tiene mayor número de solicitantes se valoriza más caro; el que tiene menos, más barato. Así, por ejemplo, entre nosotros, en el gobierno de Toula, la tierra buena para el trigo, se valorizará en 5 ó 6 rublos la *deciatina* (poco más de una hectárea), la tierra para hortaliza, cercana á las aldeas, á 10 rublos la *deciatina*. En la ciudad, la *deciatina* costará de 100 á 500 rublos; en Moscou y en Petersburgo, en parajes céntricos, de 1,000 á 10,000 rublos. El producto de esos alquileres se empleará en las necesidades del Estado, substituyéndose en esa forma todos los impuestos interiores y exteriores. Según ese sistema, Sofia Andreïenal (la condesa Tolstoï), por ejemplo, que posee aquí mil *deciatinas*, se verá obligada á pagar al Tesoro de la nación, de 6 á 8,000 rublos por año, porque hay en sus propiedades varias categorías de terrenos. Pues bien, la condesa nunca podría pagar semejante impuesto, y se vería obligada á abandonar la mayor parte de sus tierras. El campesino, por el contrario, pagará por *deciatina* dos rublos menos de lo que paga hoy, y tendrá siempre cerca terrenos vacantes, que podrá alquilar á razón de 5 ó 6 rublos por *deciatina*. Además, no solamente no tendrá que pagar ningún otro impuesto, sino que obtendrá más baratas todas las mercancías, tanto rusas como extranjeras, puesto que no pagarán derechos de entrada ni impuesto interior.

—Oh! sí, comprendo muy bien. Ya he leído á Spencer.

Encuentro esta escena en *Resurrección*, cuando el héroe de la novela, el príncipe Nekhludov, intenta hacer comprender la misma teoría á sus campesinos. Esto indica que no hay nada en esa obra que no haya sido tomado del natural, y que en Nekhludov hay mucho de Tolstoï.

La conversación con Pedro recayó sobre la cuestión del clero. Ya en esta vez, el mujick fué quien, por creyente que pareciese, tomó la palabra para demostrar que el clero es el primer obstáculo para la difusión de la verdadera doctrina cristiana, y que el objeto de los sacerdotes es obscurecer la verdad, con el fin de adquirir influencia y bienes materiales.

Se hacía tarde y era tiempo de regresar. Dejamos al mujick y seguimos hablando de las consecuencias de la aplicación del sistema de Henry George.

Por considerable que sea esta reforma y por utópica y revolucionaria que pueda parecer á espíritus limitados y timoratos, dijo Tolstoï, no por eso deja de ser tan fácil su realización, como lo fué la liberación de los siervos. Bastaría querer. Hace cincuenta años apenas, ¿acaso no parecía imposible y revolucionaria la liberación de los siervos? Hoy, no podemos comprender cómo una institución tan inhumana pudo subsistir tanto tiempo. De la misma manera, si la reforma reclamada por Henry George se llevase á cabo, nuestros descendientes, dentro de cincuenta años, se preguntarian sorprendidos, cómo los hombres que más trabajaban eran los que ganaban menos, y estaban abrumados de impuestos y trabajaban toda la vida en provecho de los que no hacían nada.

—Ah! si el joven Tsar quisiera inaugurar su reinado con esta grande obra! exclamó. Conquistaría mayor gloria que la de sus antepasados; como no la ha soñado ningún príncipe del pasado ni del presente, en el mundo entero. ¡Cuán insignificante aparecería entonces la liberación de los siervos por su abuelo Alejandro II, ante la realización de esta reforma mil veces más profundas, á la vez que pacífica y racional! Y agregó:

—Tengo intenciones de escribir al Tsar y de exponerle francamente mis ideas.... Valor que no tiene gran mérito en verdad. El Tsar es hombre, y por lo tanto asequible á todos los sentimientos humanos. En cuanto á mí, estoy demasiado viejo para temer más incomodidades....

Pronunció estas palabras con tanta calma y con tal acento de sinceridad, que se hubiera creído que pensaba en alta voz. Al día siguiente, Tolstoï había trabajado, según su costumbre, hasta la hora de la comida. Inmediatamente después tuve intenciones de leerle ese paralelo, todavía incompleto, que había establecido entre él y Dumas, y que leí al maestro francés tres meses antes de que muriera. Le dije que entre él y Dumas yo encontraba muchos puntos de semejanza en los caracteres, en los escritos y hasta en la manera de vivir. Pero no hay que decir que existen grandes divergencias, que provienen de los diferentes medios en que nacieron y de que no pertenecen á la misma raza.

—Cómo! exclamó, ¿todavía está Ud. con esas? ¿Todavía cree Ud. en la influencia del medio sobre el alma humana? Entonces creo que no podremos comprendernos. Lo admito de parte de esos liberales ó de esos revolucionarios que rechazan todo sobre el medio, que pretenden que es preciso cambiar todas las cosas en su derredor antes que modificar al hombre; esos espíritus perezosos, de voluntad débil, encuentran muy cómodo hacer que recaiga la responsabilidad de todos los males sobre la organización social. Es mucho más fácil trabajar cada día, cada hora, cada minuto, en el perfeccionamiento propio.

—Y la teoría darwinista ¿sería falsa?

—No confundamos dos cosas diferentes. Sin ser absolutamente partidario de esa teoría, puedo admitir la influencia material de los medios; pero el espíritu puede y debe substraerse á ella. Pasando entonces á los hechos, insiste en ese ejemplo de comparación entre Dumas y él, ejemplo propuesto por el mismo Tolstoï: la influencia del medio en que nacieron y vivieron, sobre sus ideas. ¿No encontramos en el maestro ruso, miras necesariamente lógicas más amplias que las del maestro francés? Tolstoï nació en un terreno sin cultivo, por decirlo así; siempre ha estado frente á un horizonte ilimitado y ha podido ver muy lejos; el edificio de la naciente civilización rusa no obstruía sus miradas, porque casi todo estaba por construir. En Francia, por el contrario, la vieja raza gala evoluciona desde hace largos si-

glos, que ha empleado en levantar su edificio social, después en derribarlo y luego en reedificarlo sobre los mismos cimientos y casi del mismo estilo.

—Han subsistido muchas imperfecciones, y Dumas no pudo ver sino esas imperfecciones de detalle: las vió y las señaló efectivamente, pero sólo en el fin de sus días; y elevándose más y más, pudo divisar lo que el medio ruso había permitido á Tolstoï ver antes que él: el amor á la humanidad, la solidaridad de las razas.

—Ah! sí, el ruso, el hombre universal! el hombre de la humanidad! exclamó Tolstoï. Ese fué un sueño de Dostoiewsky!....

Y encogió los hombros, demostrándome así cómo estimaba ese sueño.

—Sí, prosiguió con tono tranquilo, el espíritu de los hombres puede manifestarse fuera de toda influencia material. Efectivamente, ¿cómo puede explicarse que Jesús é Isaías hayan predicado en Judea lo mismo que, varios siglos antes que ellos, habían predicado: Budha en las Indias, Confucio en China y Zoroastro en Persia? Nadie puede decir que esos hombres hayan conocido las enseñanzas de sus predecesores. Todos los hombres tienen en el corazón el mismo amor: la raza, nada tiene que ver en eso y no hay medio ambiente que impida sus manifestaciones. Así, desde hace largo tiempo que había reconocido en Dumas un alma humana, y sin haberlo conocido nunca personalmente, tuve la impresión, al saber su muerte, de que acababa de perder un amigo.

Después, reanudando nuestra conversación sobre el Darwinismo, Tolstoï me mostró los trabajos del filósofo inglés Henry Drumond, el célebre autor de «La evolución y el progreso del hombre,» donde se hace resaltar la crueldad y la inconsecuencia del famoso principio de la *lucha por la vida*, que los darwinistas hacen intervenir para explicar la evolución del mundo orgánico en general y de la especie humana en particular. Pero descuidan completamente otra ley, por lo menos tan importante y sin la cual ningún ser viviente podría existir, porque tiene su origen en la necesidad de reproducir, lo cual provoca, en primer lugar el amor maternal, ese amor que en las sociedades humanas se desarrolla progresivamente para llegar al sentimiento altruista. La sociedad no podría conservarse, si no hubiera lucha, más que entre los individuos: es indispensable otro factor: *la lucha por la vida en provecho de los semejantes*. Tal es la fórmula de Henry Drumond. Toda su vida, me dijo Tolstoï, comprende dos funciones primordiales: la nutrición y la reproducción. La primera exige la lucha egoísta y la segunda la protección de las demás vidas humanas. Los darwinistas sólo han considerado las necesidades de la nutrición, de lo cual han deducido su ley única é implacable de la lucha por la existencia individual ó de la supervivencia de los más fuertes y de los más aptos. Así, pues, sin la protección de los que nacen, así como la de los débiles para los fuertes, el mundo detendría su marcha; sin los sentimientos de simpatía, de amistad, de generosidad, de solidaridad y hasta de sacrificio (desarrollados en los animales superiores y más aún en el hombre, por el perfeccionamiento lento del atractivo sexual y del afecto familiar) ninguna sociedad podría organizarse ni crearse. ¿Cómo explicar entonces la evolución social del ser humano, llegada hasta la consciente solidaridad, si no es por la evolución del amor, que existe latente en la naturaleza?

En resumen, la opinión de Tolstoï en lo relativo á la acción espiritual del individuo sobre las masas —Moisés, Budha, Sócrates, Jesús—no descansa en razonamientos puramente especulativos, sino en definiciones científicas que tienden á probar que las leyes de la materia no pueden aplicarse sin restricción á las manifestaciones del espíritu, del alma, y que ésta puede tener sus leyes propias.

La hora era ya avanzada y me resolví á decir adios á mis huéspedes. Expresé á Tolstoï mi deseo de volverle á ver en mi próximo viaje á Rusia, y me contestó:

—Si estoy aquí... si no, hasta más ver en el otro mundo.

¿Quiso decir que le quedan pocos años de vida, como le gusta repetirlo desde hace algún tiempo? ó ¿cree en la supervivencia, creencia que no expresa en ninguno de sus escritos?

Mi incertidumbre se ha disipado hoy. En una obra nueva y todavía poco conocida, la *Doctrina Cristiana* (!) Tolstoï nos presenta una atrevida hipótesis sobre la inmortalidad del alma, hipótesis que para él es certidumbre y que no ha sido formulada nunca—que yo sepa—por algún otro, con semejante convicción.

E. HALPÉRINE-KAMINSKY.

Trad. de «Revista Moderna.»



(1) La *Revista Moderna* publicará próximamente fragmentos de esta obra, desconocida aún en México.



BALLAD OF THE HANDS.

Hands like petals of roses, fragile fingers of childhood
 Seeking the bosom maternal, the fountain of life and of being.
 Thus in ineffable beauty, the hands of the infantile Jesus,
 Bathed in milk and in light, as roses in dew and in sunbeams.

Hands pink—dyed with hot kisses, or rosy red with the heart—blood
 That springs to the fingertips at the tender caress of a lover;
 Hands like fluttering doves in the depth of the passion of loving,
 Clasped on the throbbing heart that beats to the pulse of another.

Hands both supple and strong, that passing along the piano
 Waken to song in a dream of life—or of nothing.
 Hands that express by a touch the sob or cry of the heartache
 That floats forever upon the restless tide of the Infinite.

Hands as spotless as snow, that from the shade of the mantle
 Gleam like pearls and illumine the prayer ascending to heaven;
 Hands that hold in their clasp the well-worn circlet of prayer beads,
 Symbol divine of the endless chain of humanity's sorrows.

Hands of light and of love, that in the night of heart hunger,
 Bring consolation and pity, hope and Truth the undying;
 Hands of eternal kindness; hands of the sacred and mystic—
 Ah! for we all are brothers—brothers in pain and in sorrow.

Pallid hands of the dead lying cold on the pulseless bosom,
 Resting in peace at last, the love or martyrdom ended.
 Hands that are full of questions, of aspirations and longings;
 Hands that, apart or together, are stretched in pleadings to heaven.

Hands of the benediction of old and tremulous priesthood,
 That rise from the ocean of Time in mute and inutile oblation;
 Hands of the Father Leon, bearing aloft from the altar
 The body and blood of the Christ who died for the people.

Hands that bear in the battle the sword red-tinged with the lifeblood
 That flows from the heart of a nation, fighting for life and for freedom.
 Hands of the prince and the plowboy armed with destruction and terror;
 Bloodred hands of the soldier that bear the sword in the battle.

Hands disfigured and hard that, from the arid and fruitless
 Soil of the mountains wrestle a meagre existence.
 Hands of miner and artisan steeped to the shoulder in labor,
 Bearing the burden of life in silence and sorrow.

Hands that were born to labor, the firm, strong hands of the freemen,
 Never at rest, but striving above us, below us, around us,
 Ever they challenge the future unknown with the watchword of «Progress.»
 Let theirs be the harp to sing the grand song to the nations.

TRANSLATION BY H. D. STEELE.
 From the Spanish of Jesús E. Valenzuela.

(*) El original castellano de esta poesía fué publicado por la *Revista Moderna* en la 1.^a quincena de Enero de 1900.



UN PAISAJE EST UN ÉTAT D'ÂME.

H. F. Amiel.



LOVIA tenuemente sobre el campo, el verde ramaje de los sauces se hincha-
ba sollozando acariciado por el viento, y en el espíritu de *El* goteaban
lentas y una á una las lágrimas de las fallidas esperanzas, de los días in-
útiles, de los vanos ensueños, de las estériles pasiones.

Sobre aquel amplísimo marco de naturaleza deliciosamente entriste-
cida, bajo la tienda gris del firmamento, *Ella* destacaba su elegante si-
lueta de Mater Dolorosa, de mujer moderna embellecida por el sufrí-
miento.

Durante diez años, habíala amado *El*, desheredado y soberbio, con amor humano, sin esperanzas y
en silencio. Por mucho tiempo la creyó feliz; y celoso de la dicha que otro recibía; suponiendo que *Ella*
había entrevisto la ventura, bendijo al Destino.

Pero ahora, al contemplarla nimbada por la doble aureola del Dolor y del Arte, destacando su ele-
gante silueta sobre aquel marco de naturaleza entristecida, no fué ya amor humano lo que por *Ella* sin-
tió, sino adoración, culto por la Madona de Dolor y de Arte, que paseaba junto á *El* su desencanto y su
melancolía, bajo la tienda gris del firmamento, entre el sollozo de los sauces y las lágrimas del cielo.

Antes, *El*, en sus tedios, en sus tristezas, en sus miserias, sólo encontraba vacío infinito.

Ahora, en sus miserias, en sus tristezas, en sus tedios, arrodillaba su espíritu ante el santuario que
había levantado á la Madona de Dolor y de Arte, y en ferviente plegaría le decía:

«*Ma Donna*, sé la buena amiga mía hasta la hora de mi muerte. Con tus liliales manos restaña las
heridas que en mi espíritu abrieron mis estériles pasiones y la vida... con tus miradas purísimas ilu-
mina las tinieblas de mis esperanzas... con tu angélica voz, con tu voz celeste, con tu voz ungida por el
Arte, acalla mis torturantes inquietudes... y con tu cabellera esplendorosa como astro, calienta y resu-
cita el cadáver glacial de mis ensueños,

ALBERTO LEDUC,





ENIGMA....

Cayó la sombra y el taimado anhelo
que noche á noche la extensión escala,
busca en vano en los astros el walhala
donde mora mi espíritu gemelo.

Como un ave de luz herida al vuelo,
que riega los plumones de su ala,
una estrella de súbito resbala,
rayando el lapislázuli del cielo.

¿Es lágrima de un mundo ese acrolito?
¿Es *Ella*, que abandona el infinito
para buscarme en la existencia ingrata?

.... Oh! tú dímelo, Diana soñadora,
que entre la tarde que murió y la aurora,
dibujas tu paréntesis de plata!

Agosto de 1901.

AMADO NERVO.

EL NOMBRE DE MARIA.

(DEL LIBRO "NOVA POLEMICA," DE STECHETTI.)

No porque pase el tiempo, ni por fría
indiferencia ó seducción tirana,
no por los cambios de la vida humana
te olvidaré jamás, amada mía.

Aun en el estertor de la agonía,
cuando asome la noche sin mañana,
al recordar nuestra pasión lejana,
sollozará tu nombre, mi María.

Y alguien dirá quizás:—la hora del llanto
llegó para el rebelde: arrepentido
ese nombre aclamó bendito y santo!

Mas no. En el lecho funeral caído,
murmuraré tu nombre con encanto,
recordando lo bien que me has querido.

BALBINO DÁVALOS.



J. R. VELAS 901

ALGUNAS IDEAS RESPECTO DE INSTRUCCION PRIMARIA

PRESENTADAS EN FORMA DE DICTAMEN POR GABINO BARREDA,
Á LA COMISI3N NOMBRADA EN UNA JUNTA DE AMIGOS, REUNIDOS CON EL OBJETO DE PROMOVER LO QUE PUDI3SE SER 3TIL
PARA DIFUNDIR LA ILUSTRACI3N EN M3XICO.
APROBADO POR DICHA COMISI3N, TANTO EN LO GENERAL, COMO EN LO RELATIVO Á LA PARTE
RESOLUTIVA CON QUE TERMINA.

INDIVIDUOS QUE COMPUSIERON LA COMISION DICTAMINADORA:

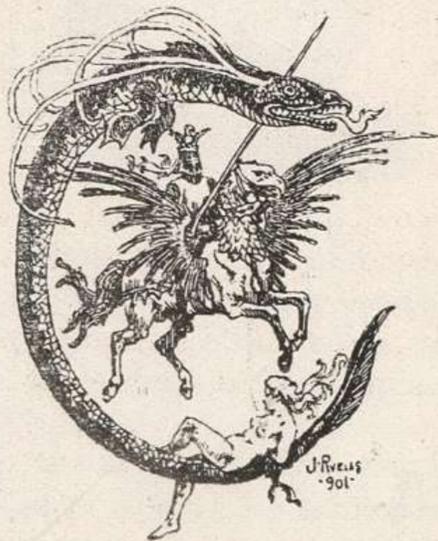
CC. Gabino Barreda, Ignacio Ramirez, Rafael Mart3nez de la Torre, Guillermo Prieto, Roberto Esteva.

L'education constitue le prem3er des arts le seul
pleinement g3n3ral, celui qui perfectionne l'action
en ameliorant l'agent.

A. Comte. Syst3me de Polit positif, t IV. p 246.

PARTE SEGUNDA.

DEL M3TOD0 QUE DEBERÁ ADOPTARSE.



UANDO se ha logrado resolver, aunque sea de un modo emp3rico, la cuesti3n preliminar relativa á la obligaci3n legal de adquirir la instrucci3n primaria, se cree generalmente que ya no se ha de menester otra cosa sino abrir escuelas y mandar á ellas á los ni3os, sin cuidarse de los m3todos que en ellas han de seguirse para la ense3anza. Pocos, muy pocos son los que comprenden, ó siquiera sospechan, que el m3todo en la instrucci3n primaria, no menos que en la secundaria, es la m3s importante consideraci3n para el buen 3xito.

Casi todos creen que lo indispensable es que los ni3os se instruyan, importando muy poco, á su juicio, la manera de lograrlo.

Por nuestra parte, la convicci3n que tenemos de la importancia del m3todo, es tal, que si fuese posible entrar en posesi3n de un buen m3todo de instrucci3n sin practicarlo y por lo mismo sin instruirse, y si al propio tiempo se nos pusiese en la alternativa de elegir, entre una vasta instrucci3n con un mal m3todo, y la adquisici3n cabal de uno que fuese bueno, pero sin instrucci3n de ninguna clase, no vacilar3amos en preferir el segundo extremo al primero, bien persuadidos de que, en materia de educaci3n, nada hay comparable á la importancia del m3todo.

Felizmente, semejante disyuntiva no es posible, pues el mejor medio de adquirir un buen m3todo de instrucci3n, es el de ejercitarlo instruy3ndose con su ayuda.

Por este motivo, al habernos reunido con el objeto de procurar, por cuantos medios est3n á nuestro alcance, la ilustraci3n del pueblo, y muy especialmente la de la generaci3n que hoy se levanta, y que ma3ana formar3 la sociedad que nos ha de suceder, nos hemos impuesto como principal tarea, la de propagar los m3todos de ense3anza que creemos no s3lo preferibles, sino indispensables para nuestro fin, el cual no es otro sino el de formar una sociedad de hombres y no de maniqu3s; de personas capaces de ver las cosas como son y no como se las han querido otros mostrar.

Nosotros nos hemos propuesto contribuir al mejoramiento de la instrucci3n primaria, porque nos asiste la m3s firme convicci3n de que este es el 3nico camino, seguro aunque lento, de poner remedio á los males que aquejan á la sociedad actual, y muy especialmente á la nuestra.

Las creencias antiguas desaparecen r3pida y progresivamente; pero ellas al desaparecer no son reemplazadas por ningunas otras, ó bien las que las sustituyen, no teniendo por base ni la experiencia ni la observaci3n de los hechos, sino tan s3lo las fantas3as, m3s ó menos bien intencionadas de sus autores, se desvanecen m3s f3cilmente que las primeras á la menor contrariedad en la pr3ctica, por lo mismo que carecen de una base objetiva capaz de garantizar la evidencia de sus principios.

Unas veces esa falta de fe en las nuevas creencias, se muestra con franqueza en nuestras palabras y en nuestros escritos, no menos que en nuestras acciones, las cuales revelan una marcada tendencia al

retroceso, para buscar en los principios mismos que se habían abandonada, un refugio contra el escepticismo absoluto, al que cada nueva decepción tiende fatalmente á conducirnos.

Otras veces esta misma falta de fe en nuestros llamados principios se echa de ver en las medidas violentas á que apelamos para sostenerlos, medidas con las cuales dejamos ver el fondo de nuestra alma, en la que en vez de convicción hay capricho, en lugar de entusiasmo tiranía y pueril vanidad ofendida por la contradicción.

Si se quiere subir hasta la fuente de ese sistema que tan funesto ha sido á la humanidad y que se condensa en la conocida máxima: *cree ó te mato*, no es difícil llegar á ver que ella es una emanación directa de la manera con que hemos adquirido nuestras creencias, es decir, del método de nuestra educación. Si ella está basada en la fe indiscutible y no en la convicción, el único medio á que podemos recurrir para obligar á los demás á ser de nuestra opinión, será el de la fuerza, el de la amenaza y el del castigo.

Se piensa generalmente que semejante máxima es exclusiva de Mahoma, porque él y sus sectarios fueron los únicos que supieron formularla con precisión; pero en el fondo, ella es la norma de la conducta de todas las teologías y de todas las doctrinas basadas en la metafísica ontológica. Todas partiendo del principio de una autoridad superior al hombre é indiscutible, llegan á la misma terrible disyuntiva. Todas son idénticas en este punto, la doctrina de mansedumbre del Crucificado y la doctrina del sable del profeta de la Meca, están en perfecto acuerdo en el fondo de la argumentación; la amenaza, ora de presente, ora de futuro, pero siempre la amenaza, siempre la fuerza para lograr el asentimiento, para lograr la fe, no la convicción. Las discusiones de los teólogos de todos los tiempos, versan sobre los detalles, nunca sobre los hechos fundamentales; éstos no se discuten, se creen bajo pena de muerte. ¡Siempre el mismo dilema, ó crees, ó te mato!—La metafísica ontológica, esa especie de teología degenerada, no conoce tampoco otro procedimiento: el que no cree en las supuestas leyes de sus entidades imaginarias, ese debe morir para convencerse.

El sanguinario Robespierre, es el Mahoma de la política ontológica, como este último es el Robespierre de la política teológica. Pero no, esta comparación no es exacta sino en cuanto á los medios; el fin establece entre ambos personajes una inconmesurable distancia. ¿Qué comparación cabe bajo el punto de vista de los resultados, entre el glorioso fundador de la civilización musulmana y el sanguinario é intolerante tribuno, que así mandaba al cadalso á los católicos realistas por su falta de emancipación mental, como á Danton y sus amigos, á quienes tachaba de inmorales porque habían avanzado más que él en este punto? (1) ¿Qué comparación cabe entre el que logró, con ayuda de sus inmortales sucesores, transformar un pueblo salvaje en el emporio de las ciencias y de las artes durante la Edad Media, y el que no supo afianzar uno solo de los progresos de la revolución, comprometiéndolos todos con su absurda metafísica, é iniciando y apresurando la retrogradación que debía destruirlos! Si yo he puesto juntos estos dos nombres, es sólo para que se vea que las opiniones más encontradas pueden, en virtud de estar cimentadas en un mismo método, conducir á medidas idénticas, y para demostrar que la inquisición y el terror son hermanos gemelos hijos de un mismo principio: la sustitución de la autoridad sobrehumana á la convicción basada en la utilidad.

Vista ya, por medio de esta indispensable digresión, la inmensa importancia que acordamos al método con ayuda del cual surtimos nuestra mente de conocimientos, de creencias y de ideas, no se extrañará que nuestro principal objeto al querer tomar parte en el movimiento que se nota, más ó menos, pero por todas partes, en favor de la instrucción primaria, haya sido el de que ésta se cimente sobre bases diversas de las que hasta hoy le han servido de apoyo, para lograr así, de un modo seguro, y en realidad rápido, aunque con apariencias de lento, una verdadera regeneración social pacífica y fructuosa.

Si se examina lo que hasta hace poco se tenía hecho en materia de instrucción, tanto secundaria como primaria, pero muy especialmente primaria, se verá que todo consiste en la acumulación de principios y de concepciones abstractas, que se presentan á los niños, ora bajo la forma de definiciones, ora bajo la de axiomas, ora bajo la de reglas que los educandos deben depositar en su mente exactamente formuladas y, por decirlo así, digeridas ya. Este papel de parásitos asignado así á la inmensa mayoría de las inteligencias, y que no exige, por su parte, otro esfuerzo que el de la simple absorción de materiales ya elaborados, no sólo estimula la pereza, sino que debilita y atrofia los órganos de nuestras más importantes facultades, no dejando en actividad sino la memoria. A fuerza de no almacenar otra cosa que las abstracciones y las concepciones generales emanadas de inteligencias ajenas, se acaba por creer que nada hay que hacer y que no nos queda sino aprender lo que otros han hecho ya; se cae, en fin, en la manía de buscar siempre autoridades y no pruebas, textos y no hechos.

En lugar de cultivar y robustecer todas nuestras facultades, sólo se ejercita la memoria durante la educación primaria, y todo aquello que no puede aprenderse así, ó se abandona ó se enseña de un modo puramente mecánico, sin ningún esfuerzo verdaderamente intelectual. ¡Qué mucho que más tarde, cuando esas inteligencias han de dirigirse por sí mismas, en asuntos prácticos, en los cuales tendrán que formar sus propias concepciones generales, para sacar de ellas los preceptos que deben normar su conduc-

(1) La educación puramente literaria de este dictador, no permitía que su vista traspusiese los límites de la ontología contradictoria de Rousseau; y los monarquistas que estaban más acá del jacobinismo, y los Dantonianos que estaban más allá, eran á sus ojos igualmente criminales: ambos debían ser convencidos con el perentorio argumento de la máquina de Guillotin.

ta, se encuentren con dificultades insuperables, y busquen para todo el arrimo de una autoridad cualquiera, siquiera sea la menos digna.

Este funesto resultado se agravaba antes, de un modo lamentable, en la educación secundaria, con el estudio de la lógica puramente deductiva con que se iniciaba la instrucción secundaria, iniciación que muchos creen hoy todavía indispensable. Este estudio, con el cual sólo se enseñaba á interpretar proposiciones formuladas ya, á poner de manifiesto las verdades más ó menos claramente implícitas en ellas, á manipular y resolver sin cesar verdades axiomáticas ó tenidas por tales, sin agregar un solo hecho nuevo que pudiera comunicarles alguna vida y fecundidad, no era ciertamente propio para formar hombres de iniciativa y de progreso, sino rutineros, ergotistas enemigos de toda verdad que no fuese una emanación silogística de sus inatacables textos, ó revolucionarios igualmente intolerantes, que entusiasmados por el progreso y sintiéndose aprisionados en una red que no sabían desenmarañar, precisamente porque en ella se encontraban presos desde sus primeros años, se resolvían á romperla con violencia, con la idea de recobrar su libertad. Por desgracia, y como una consecuencia natural de esa misma educación viciosa, al querer emanciparse de sus primeras trabas, se han visto, sin sentirlo, prendidos en las mallas no menos apretadas de la ontología.

Mucho erraría, por lo mismo, el que se imaginase que nuestro objeto se alcanzaría con sólo la multiplicación de las escuelas, ó con modificar sus programas, aumentando ó extinguiendo tales ó cuales materias; no, cualquiera que sea la importancia de esas cuestiones, y nosotros se la asignamos muy grande, ella le cede á la inmensamente trascendental del método. Como medios propios para inculcar, generalizar y facilitar la aplicación de un buen método, es como consideramos de suma utilidad el examen de los programas de estudios primarios. Es inútil añadir que lo mismo pensamos de los programas de los estudios secundarios. Mucho se atiende á las materias y poco ó nada se piensa en general en los métodos. Nosotros creemos que es una gran falta. El estudio de ciertos ramos es muy importante para la educación, precisamente porque ellos requieren indispensablemente ciertos procedimientos lógicos que caracterizan un método.

Si los defensores de las antiguas ideas hubiesen comprendido á fondo esta verdad y su trascendental importancia, no habrían jamás admitido en sus programas ciertos estudios, que exigen y desarrollan por necesidad el método objetivo. El perjuicio inmenso que hizo la brecha irreparable que abrió en ciertos sistemas el cultivo de la astronomía y de la física, de la química y de la geología, de la botánica y de la zoología, como elementos de educación, aun cuando en general limitados á ciertas clases, no pudo felizmente ser previsto ni sentido en su principio, sin lo cual la repugnancia instintiva que esas ciencias inspiraron siempre á la teología, se habría cambiado en una guerra abierta, que habría retardado aunque jamás impedido su desarrollo.

Ni el *terror* ni la *inquisición* renacerán ya. No por las objeciones que se les han hecho por los filósofos ó por los moralistas, sino porque el punto de vista ha cambiado, porque el método de resolver las cuestiones es diferente, porque la observación y la experimentación se han substituido á la autoridad, porque la ciencia se ha sobrepuesto á la ontología.

Es, pues, á cambiar, sistemar y apresurar el punto de vista, á darles á nuestras concepciones otro principio y otro objeto, á donde deben dirigirse todos nuestros esfuerzos. ¿Quién no comprende entonces por qué clamamos para que él se inicie desde los primeros pasos de la educación? ¿Por qué deseamos contribuir á tan importante progreso con nuestras débiles fuerzas? Ellas son débiles, sin duda, pero confiamos en que serán eficaces porque son conscientes y no automáticas, cimentadas en la convicción y no en el simple hábito.

Si como lo esperamos, logramos propagar y difundir esta convicción en los que inmediatamente tienen á su cargo la importante misión social de la educación de la niñez, no dudamos que bien pronto se harán sensibles sus saludables resultados.

En el arte de la educación, como en cualquiera otro, dos puntos son los que deben fijarse previamente: 1º, el fin que uno se propone, y 2º, el plan que debe adoptarse para conseguirlo; vamos á tratar muy someramente ambos puntos, porque no es ni remotamente nuestro ánimo escribir un curso de pedagogía, sino sólo dar los principales fundamentos de nuestro modo de ver. No diremos, pues, sino lo que creamos indispensable para nuestro fin, dejando para más favorable oportunidad el necesario desarrollo de estos preceptos.

Comenzando, pues, por el objeto de la educación en general y de la primaria en particular, es evidente, según lo que se ha indicado ya, que ó no se ha pensado en él ó se ha equivocado enteramente. La educación, según puede colegirse hasta del nombre mismo con que frecuentemente se le designa, es y debe ser un verdadero *cultivo*. La similitud, ó mejor, la identidad fundamental de ambas cosas, ha sido siempre reconocida de un modo tan universal y tan espontáneo, que así se dice en todos los idiomas, que se *cultiva* una inteligencia, como que se *educa* una planta, y viceversa. Ahora bien, el cultivo, para tomar la expresión que más cuadra á nuestro objeto, el cultivo puede emprenderse con uno de dos fines: ó con el de desarrollar al individuo con todas sus propiedades ó atributos, ó con el de procurar el mayor desenvolvimiento de unas á expensas de las otras: se cultiva el trigo y demás cereales para obtenerlo con todas sus propiedades, pero en mayor abundancia; se cultivan las rosas ó las dahalias para lograr que sus pétalos se multipliquen y embellezcan, aun cuando sea á costa de sus estambres. Esto segundo constituye una *monstruosidad* á los ojos de la filosofía de las causas finales y de la metafísica ontológica, porque con esa clase de cultivo, *vamos contra los fines de la naturaleza*, impidiendo la reproducción

por semillas y mutilando lo que ella ha creado. Otro tanto debieran, en realidad, decir respecto del primer modo de cultivo, y en general, respecto de toda intervención humana en las obras de la creación, si por una feliz é inseparable inconsecuencia de esas añejas doctrinas, no se tuviesen siempre listos dos pesas y dos medidas para juzgar nuestras acciones de todo género según las circunstancias. Sea como fuere, es un hecho que el hombre puede, conformándose con las leyes fundamentales de la organización vegetal, modificar, dentro de ciertos límites, cada día más y más amplios, los caracteres espontáneos de los vegetales, y que á esto se llama cultivo, ora se trate de la una, ora de la otra especie de resultados.

¿A cuál, pues, de estas dos clases de cultivo pertenece ó debe pertenecer la educación de la niñez? Es decir, ¿qué fin debemos procurar alcanzar con ella? La respuesta á esta pregunta exige una distinción preliminar entre el cultivo moral, intelectual y corporal ó físico.

El cultivo moral pertenece inconcusamente á la segunda especie, á aquel en el cual nos proponemos obtener el predominio de ciertas facultades á expensas de otras. Nuestra existencia moral se compone naturalmente de dos clases de inclinaciones; unas, reconocidas como buenas y provechosas para todos; otras, calificadas con justicia de malas y de nocivas. El cultivo, en este caso, debe consistir en hacer todo aquello que sea propio para robustecer y hacer predominar las primeras, debilitando, y si es posible, haciendo desaparecer las segundas, para que en nuestros actos sólo se haga sensible la influencia de los buenos instintos. Esto, en concepto de los ontologistas arriba citados, debería constituir también una *monstruosidad*, con el mismo título que la producción intencional de una flor sin espinas ó de una vaca sin cuernos; esto, á su punto de vista, debería reputarse como una punible infracción del *derecho natural* de la flor, de la vaca ó del hombre, á quienes ella dió los inalienables *derechos* de llevar espinas y cuernos, de tener envidia, avaricia, etc., etc.

Por fortuna, en virtud de la natural y ya mencionada inconsecuencia de esas doctrinas y de los que las profesan, el cultivo moral se ha mantenido siempre en esa dirección, aun cuando para ello se haya creído indispensable invocar otros motivos ajenos á la sociedad y á la utilidad.

Pero si el cultivo moral debe inconcusamente pertenecer al sistema de los desarrollos y de las atrofas parciales, y, por decirlo así, de compensación, no sucede otro tanto con el cultivo intelectual; en él no hay compresiones que ejercer ni atrofas que solicitar, porque ninguna de estas facultades es nociva, ni siquiera inútil; allí todo se debe robustecer, todo se debe estimular, ejercitar y adiestrar, porque todo es indispensable y aun insuficiente para satisfacer nuestras necesidades.

Cualquiera que sea la división que se adopte respecto de las facultades intelectuales, preciso es siempre reconocer que somos más ricos en pasiones que en inteligencia, y que si en aquellas hay mucho que refrenar, en ésta la pobreza de nuestro caudal nos obliga á tener continua necesidad de todo él.

Observar, analizar, generalizar, denominar ó nombrar, describir, definir, clasificar, y por último, inducir y deducir, son incesantes é indispensables ocupaciones de nuestra vida práctica ó especulativa. Sin inducción ó deducción, es decir, sin inferencia basada en antecedentes, no hay previsión, y sin previsión, ni el más trivial asunto puede conducirse.

Ahora bien, se comprende fácilmente que el éxito de cualquier negocio depende de la exactitud de nuestra previsión, y ésta, á su vez, de las inferencias, ora inductivas, ora deductivas en que se funda. Pero la inducción, y aun la deducción, no son posibles sin el conjunto de las otras operaciones mentales: luego su cultivo es igualmente obligatorio para todos los hombres que quieran merecer el nombre de libres, y conducirse por sí con conocimiento de causa.

Si se quieren educar hombres en vez de máquinas ó acémilas, es preciso que la educación del entendimiento sea completa y universal.

El modo de asegurar la necesaria subordinación de los inferiores á los superiores en cualquiera categoría, no es impidiéndoles que discurren, como en el sistema que ha caducado, sino poniéndolos en aptitud de apreciar la inevitable necesidad, así como la inconcusa utilidad de esa obligación.

No es preciso para esto formar un pueblo de sabios ni de filósofos; pero si es necesario tratar de formar una generación de hombres lógicos, prácticos, que conozcan el enlace natural de los hechos, ya entre sí, ya en sus relaciones con nuestra organización.

Esta lógica inflexible de que todos los hechos están siempre saturados, este enlace invariable entre los antecedentes reales y los consiguientes efectivos, es lo que nosotros deseamos que se inculque durante la primera educación.

Nosotros queremos que, en vez de esa armonía puramente subjetiva é ideal con que se ha procurado contentar hasta aquí la imaginación de los niños, y aun la de los adultos, se les haga palpar la armonía real de las cosas, como ellas son y como todo el mundo las ve.

Sin duda, presentando, según se acostumbra hoy, un enlace puramente subjetivo, como objetivo, dando un arreglo de nuestra propia creación como un hecho realmente observado y demostrado, se puede con notable facilidad satisfacer á una inteligencia infantil; pero esta corta ventaja no se alcanza sino con el sacrificio del porvenir de la inmensa mayoría de los educandos. Solo aquéllos que reciban una educación secundaria completa, serán los que más tarde podrán llegar á comprender que el enlace de nuestras ideas de las cosas, no es siempre una garantía del enlace de las cosas mismas, que aquello que nosotros creemos ver muy claro con los ojos del espíritu, suele ser muy diverso de lo que al fin logramos ver con los del cuerpo. Esta verdad que, presentada al principio de nuestra carrera, habría sido la base

de un sistema de convicciones completo y firme, viene á ser, cuando se reconoce tarde, un motivo de amarga decepción y aun de incurable y estéril escepticismo. Pero lo que hay de más grave es que la inmensa mayoría tiene que conformarse para siempre con esta instrucción, condenados á vivir continuamente en un mundo de puras entidades subjetivas, que ellos toman por seres reales, lo cual los mantiene en una especie de perpetuo sonambulismo, durante el cual se alimentan de fantasmas, pudiendo vivir de realidades. No quiero presentar otro ejemplo de este subjetivismo excesivo, que esa monomanía espiritista que ha invadido hoy no pocas cabezas, y en virtud de la cual se pretende hallar en el mundo subjetivo de los espíritus la solución de los problemas objetivos de nuestro mundo material.

No hay necesidad de añadir que ni la más sencilla de esas deseadas soluciones ha podido encontrarse por ese camino, y que los espíritus nunca contestan otra cosa sino lo mismo que ya estaba en la mente de su cándido consultor.

Es urgente, por tanto, acabar con la raíz de tantos desvarios, que hacen á los hombres un perpetuo juguete de los ilusos ó de los charlatanes. Otra enfermedad mental que esta especie de educación está también destinada á curar, y sobre todo á prevenir, es la tendencia todavía muy general á creer que los nombres de las cosas encierran en sí todo lo que hay que saber sobre éstas, y en buscar, por lo mismo, la prueba ó la refutación definitiva de nuestros asertos en las definiciones, en vez de procurar hallarlas en las cosas y en los hechos.

Esta propensión á transformar toda ciencia y toda noción en un puro arte cabalístico, lejos de curarse se agrava en la educación ulterior, con ciertos estudios profesionales, como los del Derecho, por ejemplo, en los cuales, tratándose de prescripciones positivas y escritas, nada hay más natural que el estudio de las palabras en que ellas están concebidas. Pero si el título de *verborum significatione* puede ser decisivo en la interpretación de las leyes de los hombres, en la de las leyes de la Naturaleza, los hechos y no las palabras deben fallar en definitiva. Y sin embargo, ¿quién no ha tenido ocasión de deplorar la conducta inexplicable de hombres de alta capacidad y de inmensa erudición, que en asuntos prácticos cometen los más graves errores á fuerza de ensartar silogismos fundados en puras palabras?

La necesidad de corregir desde los primeros años, con la presión de la realidad, esta tendencia cabalística, no puede, pues, ponerse en duda.

En la educación objetiva y práctica es, pues, donde únicamente está el remedio y la verdadera regeneración de nuestra especie, por el ejercicio completo que ella exige y proporciona á todas nuestras facultades.

Con una instrucción de puras palabras, como la que se ha dado hasta aquí, aplicación y memoria son suficientes, y este trabajo de plasticidad puramente pasiva de nuestro cerebro, en el cual se limita á retener lo que le viene de fuera sin producir cosa alguna, no es ciertamente propio para mejorar, sino para entorpecer y debilitar, con el transcurso del tiempo, nuestras facultades mentales, bajo la influencia incesante de un verdadero atavismo intelectual.

La necesidad de un cultivo completo de nuestro entendimiento, emprendido sistemáticamente desde la primera edad, se recomienda también por el atractivo mismo que él presenta para el niño, y el consiguiente estímulo que de aquí resulta, así como también por una fatiga menor y menos rápida.

Sucede con el ejercicio mental como con el corporal; la fatiga sobreviene muy pronto, aun con un esfuerzo poco intenso, si él exige la tensión permanente de un solo sistema de músculos, y con mayor razón si es la de uno solo, mientras que un esfuerzo mucho mayor podrá prolongarse por largo tiempo, si se reparte alternativamente en dos ó más. Una persona que no podría permanecer en pie é inmóvil un cuarto de hora, sin experimentar una fatiga y una laxitud indefinibles, podrá caminar horas enteras, no sólo sin fatigarse, sino hasta con placer. Más aún: la tensión continua de un músculo lo debilita, lo atrofia y lo paraliza en vez de robustecerlo, como lo haría el ejercicio alternativo.

Otro tanto, y por la misma razón fisiológica, sucede con nuestras facultades intelectuales; la tensión continua de una sola de ellas, aun cuando sea moderada, es muy pronto seguida de cansancio y de fastidio, que son su indicio y su resultado seguro.

La verdadera economía de la fuerza intelectual, así como la de la muscular, no consiste en no solicitarla, sino en exigirle esfuerzos poco prolongados, aun cuando sean frecuentes; con estos dos requisitos el ejercicio es una base de progreso y un manantial de bienestar, ora se trate de nuestras facultades físicas, ora de las mentales.

(Continuará).

GABINO BARREDA.

